

# EL EJERCITO, SALVAGUARDA DE LA VICTORIA

Por el Teniente General BARROSO

Ministro del Ejército

CUANDO vean la luz estas líneas que amablemente me ha pedido el diario ARRIBA, nuestro Ejército habrá desfilado ante el pueblo en las más importantes capitales españolas. Este Ejército que ha salido de sus cuarteles y de sus campos de instrucción, donde se afana cada día en ser mejor que el día anterior, ha venido este año al asfalto ciudadano para recordar a todos que hace veinticinco sonó el definitivo toque de llamada que congregó a su alrededor a la masa de buenos españoles que con él iban a emprender la ingente tarea de salvar a la Patria amenazada en su propio ser, españoles que ayer también marcharon tras las tropas para actualizar su presencia y su fe.

El Ejército que el 17 de julio inició en Melilla su protesta contra una situación insufrible, contra un caos total, contra un desgobernado absoluto, interpretando el sentir y el deseo de los españoles para restablecer el imperio de Dios, del Derecho y de la Ley, encontró eco inmediato en toda la faz de España, que se fue sumando al Movimiento con una fe, un entusiasmo y una voluntad que jamás podremos olvidar quienes tuvimos la inmensa dicha de poder participar desde los primeros momentos en la gloriosa responsabilidad de este hecho trascendental para el porvenir de España.

Aquel Ejército de entonces tenía una fisonomía exterior distinta a la que ha desfilado ayer por las calles de las ciudades de España, pero su fisonomía interior, su espíritu, su patriotismo ha sido transmitido inalterable a lo largo de estos veinticinco años y constituye el más preciado tesoro que guarda celosamente el Ejército de hoy. El material y la técnica son ahora más costosos y complicados; el hombre es el mismo continuador de las glorias hispánicas: el que en Covadonga defendía ya a Europa de la invasión islámica; el que asombraba al mundo con el descubrimiento y conquista de un Continente; el que luchaba incansable en defensa de la Cruz y se desangraba en todas las empresas nobles que le venían impuestas por un imperio donde no se ponía el sol. Por eso tampoco podía faltar, y no faltó, la gallarda presencia española ante el moderno Gengis-Kan, que desde hace cuarenta y cinco años pretende derrumbar la civilización cristiana y quiso empezar por nuestra Patria como pieza clave de un plan estratégico diabólico. Pero aquí se encontró con lo más sano del Ejército, de la Marina y de la Aviación españolas, encuadrando a un buen pueblo que no se resignaba a morir, protegidos



Primera Brigada de Navarra (1938)



Maniobras militares en Cataluña (1957)

por Dios, que nos dispensó su divino favor, supliendo la falta de medios materiales con que emprendimos la lucha.

Desde mi puesto de jefe de Operaciones del C. G. del Generalísimo, sé de los momentos difíciles, de las incertidumbres pasadas en periodos de crisis operativas, del peso de la tremenda responsabilidad del mando supremo, y por eso sé también del valor, de la serenidad, del genio previsor de un Caudillo que nos condujo a la Victoria en la guerra y al propio tiempo preparaba la Victoria de la paz: Francisco Franco. Y sé del temple de los mandos altos y bajos, y de los insomnios y desvelos de los

Estados Mayores de las Unidades, y del sacrificio de los soldados y milicias. Y sé, por último, de la fe común que animaba a todos, una fe pétrea, que nos apiñaba en el mismo anhelo y no podía conducir sino al aplastamiento del poderoso enemigo internacional que quiso barrer de la geografía el nombre de España.

Todavía no nos perdona esta Victoria, y casi constantemente desata campañas basadas en la mentira, en la calumnia, en la difamación. Algunos, entre nosotros, creerán que ya es tiempo de dejar de hablar de nuestra Cruzada. No muerdan el anzuelo enemigo. No podemos estar callados en tanto no se callen quienes

la perdieron. No podemos dejar de seguir proclamando la verdad, mientras nuestros enemigos nos acosen con la mentira. Hemos de rebelarnos con santa indignación si achacan la victoria a la ayuda extranjera recibida, porque eso es despreñar al millón de españoles que constituyó nuestro Ejército, en el que jamás hubo más de treinta o treinta y cinco mil voluntarios extranjeros llegados por cierto después de los cientos de miles que combatieron en el lado rojo, en sus Unidades de choque.

Y nos rebelamos cuando dicen que nuestros armamentos y municiones eran también productos de la ayuda extranjera, pues la verdad es que la movilización industrial de nuestros recursos fue eficazísima, y con ella atendimos a nuestras necesidades en todo momento, sin contar con que la superabundancia de material que llegamos a poseer la debimos al propio bando rojo, que tras cada derrota dejaba en nuestro poder un gigantesco arsenal.

Y también nos rebelamos si quieren sembrar confusión sobre la legitimidad de nuestra guerra, pues ésta fue bendecida por Dios y calificada como Cruzada—la guerra justa por excelencia—por quien puede hacerlo.

Pero no nos importa mucho, pues si ladran los perros es porque marchamos hacia una meta gloriosa y próspera, conducidos por la mano firme de nuestro Caudillo. Y aquí está España, la España nueva en paz, abierta a cuantos quieran contemplarla en su laborioso afán de superación. Y aquí está su Ejército, salvaguarda de la Victoria que dio paso a la instauración de un Régimen necesario, querido y apoyado por el sentido común del pueblo, que ve en su vitalidad y en su justicia social la mejor garantía de un futuro que empieza a alcanzar cimas de prosperidad y grandeza. En el mundo atormentado y confuso de hoy, la originalidad de nuestras concepciones, que con nuestra fe en Dios y nuestra unión son causa de nuestra constante progresión y del orden que disfrutamos, bien merece servir de ejemplo en el que se mirase el mundo occidental si no quiere perecer ante las concepciones orientales, cuyos éxitos se basan en que mantienen una disciplina férrea y se presentan al exterior férreamente unidos, aunque desgraciadamente sea para el mal y el ateísmo. La unión de los pueblos occidentales para el bien ha de ser tan sólida como la de sus adversarios, y los españoles podemos decirlo con fundamento, pues con ella pudimos conseguir una Victoria que parecía imposible contra el mismo enemigo.